

---

# VEBLEN Y EL *HOMO OECONOMICUS*

Margarita Barañano

Universidad Complutense de Madrid

---

La obra de Thorstein B. Veblen, elogiada por economistas y sociólogos de sucesivas generaciones —como Weber, Mills, Aron o Galbraith—, ofrece una original y polémica teoría social, cuyos cimientos acusan la huella del efervescente medio social e intelectual en que fue concebida. Este artículo presenta una reconstrucción crítica de uno de dichos cimientos: su «revuelta» contra el *homo oeconomicus* de la «economía recibida». La interpretación sostenida parte de la consideración de que dicha revuelta constituye la principal puerta de entrada al esquema teórico de este famoso institucionalista, al tiempo que delimita el marco medular de referencia por oposición al cual trata de fundamentar su propia concepción de la naturaleza humana y del agente económico.

Bien es verdad que él mismo nunca recurre al término de teoría social para definir su tarea<sup>1</sup>. Pero, por otra parte, tampoco oculta su disgusto por el

---

<sup>1</sup> Tampoco ha sido muy frecuente el recurso a dicho término entre los comentaristas posteriores de su obra, algunos de los cuales han preferido reducirla a una sátira más o menos extravagante de las «maneras» de la clase ociosa, o a una mordaz crítica de la sociedad norteamericana, en detrimento del proyecto teórico articulador de su contenido. El temprano artículo del famoso biógrafo de Veblen, J. DORFMAN, «The “Satire” of Thorstein Veblen’s Theory of the Leisure Class», aparecido en *Political Science Quarterly*, vol. XLVII, núm. 3, septiembre 1932, pp. 364-409, es de obligada cita al respecto. Una versión más reciente del mismo argumento puede encontrarse en W. WALLER y R. L. ROBERTSON, «Why Johnny (Ph. D. Economics) Can’t Read: A Rhetorical Analysis of Thorstein Veblen and a Response to Donald McCloskey’s Rhetoric of Economics», *The Journal of Economic Issues*, vol. XXIV, núm. 4, diciembre 1990, pp. 1027-1044.

hermetismo que dominaba entonces la relación entre las diversas ciencias sociales. Razón por la que no resuelve su descontento limitándose a abrazar una disciplina en lugar de otra. Por el contrario, sirviéndose de las aportaciones de muchas de ellas de las que era buen conocedor, tales como la antropología o la sociología, amén de la propia economía —a la que más atención presta—, dirige sus empeños al establecimiento de unos sólidos fundamentos comunes de los que pudieran beneficiarse los cultivadores de las distintas especialidades. Por lo que el precipitado final en que consiste su obra integra aportaciones recogidas de muy diversas materias, sin distinción de procedencia. Y ofrece una perspectiva global que, más allá de la compartimentación del saber social en diferentes disciplinas específicas, trata de garantizar, de algún modo, la edificación de todas ellas sobre unas sólidas concepciones unificadas, relativas, como principal denominador común, a la naturaleza humana.

Ahora bien, Veblen confecciona sus puntos de vista al respecto en contraposición a los imperantes, explícita o implícitamente, en la ciencia que constituye su principal objeto de interés, esto es, la que denomina «economía recibida». Término bajo el que incluye el grueso principal de la economía clásica y las versiones neoclásicas por él conocidas, básicamente la teoría de la utilidad marginal. Y cuya preconcepción de la naturaleza humana, sin ser cuantitativamente la cuestión a la que más atención dedica, sí es la que condensa la mayor parte de sus reservas frente a esta formulación de la disciplina, al ser también aquélla en la que cree detectar su mayor debilidad.

Pero sucede que es la primera tarea de demolición la que absorbe todos sus esfuerzos, convirtiéndose, más que en punto de partida, en el contenido sustantivo de su obra. Mientras que aquel interés constructivo que Veblen explicita como la desembocadura final de su tarea acaba recibiendo una atención menor. Por lo que el grueso central de sus reflexiones al respecto permanece en el terreno de su «revuelta» contra el *homo oeconomicus*, cuyos postulados y cuyo retrato convierte en el blanco permanente de sus más afilados dardos. Revuelta ésta que, por otra parte, lejos de resultar excepcional en su medio, entronca con la viva polémica desplegada entonces, en la que Veblen interviene desde un protagonismo «antiformalista» rotundamente crítico de la versión marginalista. De ello se ocupan las páginas que siguen, a las que se añade un último apartado en el que estas posiciones críticas se contrastan con las ambiciosas propuestas confeccionadas en alternativa por este escéptico y descreído «perturbador de la paz intelectual»<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Véanse las razones de este calificativo en J. P. DIGGINS, *The Bard of Savagery: Thorstein Veblen and Modern Social Theory*, New York, Harvester Press, 1978. La traducción a nuestro idioma, *El bardo del salvajismo. Thorstein Veblen y la teoría social moderna*, es de México, FCE, 1983.

I. LA VIVISECCION VEBLENIANA DEL *HOMO OECONOMICUS*1. *El examen del homo oeconomicus en los textos de Veblen*

Las reflexiones de Veblen al respecto no se circunscriben a un conjunto de textos o a una etapa de su vida. Prácticamente desde sus primeros escritos aborda la cuestión de los fundamentos ontológicos, epistemológicos y metodológicos de la ciencia económica «recibida», así como de los presupuestos axiomáticos sobre los que, a su entender, se asienta la formalización imperante de dicha disciplina, y mantiene este interés a lo largo de su vida. Continuidad ésta visible también en muchos otros aspectos de su obra, estructurada en torno a una serie de proyectos básicos que nunca abandona.

Ahora bien, el examen más detallado de todas estas cuestiones, y por ende del *homo oeconomicus*, se recoge más específicamente en una serie de artículos publicados entre 1898 y 1909, todos los cuales fueron luego recopilados en *The Place of Science in Modern Civilisation and Other Essays*<sup>3</sup>.

El primer artículo en que Veblen ofrece una evaluación general del saber económico convencional es «Why Is Economics Not an Evolutionary Science?»<sup>4</sup>, texto de carácter metodológico, publicado tan sólo unos meses antes de la aparición de su famosa *The Theory of the Leisure Class*<sup>5</sup>. Es uno de sus ensayos más conocidos y marca la afirmación vebleniana de la concepción evolucionista de la economía y su temprano distanciamiento de las versiones imperantes en esta disciplina<sup>6</sup>. Un año más tarde comenzó a publicar otro trabajo decisivo para su «revuelta» contra el *homo oeconomicus*, así como para sus planteamientos sobre la naturaleza de la ciencia económica en general. Se trata de un denso ensayo en tres partes titulado «The Preconceptions of the Economic Science»<sup>7</sup>.

<sup>3</sup> Se trata de la primera recopilación de escritos veblenianos, y fue publicada por la Editorial Huesbsch en New York, en 1919, esto es, en vida del propio Thorstein.

<sup>4</sup> T. B. VEBLEN, «Why Is Economics Not an Evolutionary Science?», *Quarterly Journal of Economics*, julio 1898, pp. 373-397. Reeditado en T. B. VEBLEN, *The Place of Science in Modern Civilisation and Other Essays*, cit., pp. 56-84.

<sup>5</sup> Esta obra, la más famosa y difundida de las escritas por Veblen, se publicó por primera vez en New York en la Editorial Macmillan, el año 1899, con el subtítulo *An Economic Study of the Evolution of Institutions*, significativamente sustituido en 1912 por el vigente desde entonces, *An Economic Study of Institutions*. La versión española, a cargo de Vicente Herrero, apareció originalmente en México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

<sup>6</sup> Esta es la valoración expresada por Stanley M. DAUGERT en su obra *The Philosophy of Thorstein Veblen*, New York, King's Crown Press, Columbia University, 1950, p. 32. Seckler coincide en destacar la relevancia de «Why Is Economics Not an Evolutionary Science?», apuntando que este «artículo de fronteras», más allá del propio pensamiento vebleniano, marca el inicio del institucionalismo propiamente dicho; véase D. SECKLER, *Thorstein Veblen y el institucionalismo. Un estudio de la filosofía social de la economía*, México, FCE, 1977, p. 39. Finalmente, John P. Diggins ha subrayado también la importancia de este ensayo dentro del conjunto de la obra vebleniana; cfr. J. P. DIGGINS, *op. cit.*

<sup>7</sup> Compuesto de «The Preconceptions of Economic Science: I», «The Preconceptions of Economic Science: II» y «The Preconceptions of Economic Science: III», aparecidos todos ellos en *The Quarterly Journal of Economics*, respectivamente, en enero de 1899,

En este trabajo es donde la «vivisección»<sup>8</sup> practicada por Veblen sobre la «economía recibida» se aplica con más meticulosidad, sobre todo por lo que respecta a los fisiócratas, a la escuela clásica —especialmente a las formulaciones de Adam Smith— y a los teóricos de la utilidad marginal<sup>9</sup>. Es, además, en esta obra cuando más claramente diferencia entre los diversos componentes de la tradición económica, procediendo a un análisis por separado de los mismos. Ello es relevante ya que la mayor parte de las veces Veblen se limita a criticar globalmente la economía heredada, sin entrar en distinciones de escuelas o de autores<sup>10</sup>.

A los trabajos mencionados hay que añadir otros dos específicamente dedicados a la teoría de la utilidad marginal. El primero, publicado en respuesta a su maestro y conspicuo representante de este punto de vista en suelo norteamericano, John Bates Clark, lleva por título «Professor Clark's Economics»<sup>11</sup>. Y el segundo, «The Limitations of Marginal Utility»<sup>12</sup>, es uno de los artículos más célebres salidos de su pluma.

Finalmente, la «revuelta» vebleniana contra la concepción del *homo oeconomicus* concierne también a otras versiones heterodoxas, imbuidas también a su entender —aunque sólo parcialmente— de ese retrato distorsionado del ser humano. Al menos, tal es la conclusión que Veblen alcanza en sendos estudios dedicados, de una parte, a los presupuestos de la nueva escuela histórica alemana, representada en la figura de Gustav Schmoller<sup>13</sup>, y, de otra, al sistema de Marx<sup>14</sup> y a las reelaboraciones posteriores de dicho sistema más

---

pp. 121-150; julio de 1899, pp. 396-426, y enero de 1900, pp. 240-269. Incluidos más tarde en T. B. VEBLEN, *The Place of Science in Modern Civilisation and Other Essays*, cit., pp. 82-179.

<sup>8</sup> Esta es exactamente la operación que, según su discípulo Wesley Mitchell, Veblen realizaba en sus clases con respecto a la sociedad contemporánea. Véase W. C. MITCHELL, «Thorstein Veblen», introducción a *What Veblen Taught. Selected Writings of Thorstein Veblen*, New York, The Viking Press, 1936, pp. VII-XLIX, p. XVIII.

<sup>9</sup> También incluye una elogiosa alusión a los prometedores planteamientos de Keynes y, algo más reservada y crítica, a los de Marshall. Pero, en cualquier caso, la atención que presta a sus formulaciones económicas es incomparablemente menor que la dedicada a las otras versiones de la «economía recibida» mencionadas. Y apenas volvieron a ser objeto de análisis en sus páginas. Véase T. B. VEBLEN, «The Preconceptions of Economic Science: III», *op. cit.*, pp. 170-179.

<sup>10</sup> Cfr. F. G. HILL, «Veblen and Marx», en D. F. Dowd (ed.), *Thorstein Veblen: A Critical Reappraisal*, Ithaca, Cornell University Press, 1958, pp. 129-149.

<sup>11</sup> T. B. VEBLEN, «Professor Clark's Economics», *The Quarterly Journal of Economics*, vol. XXII, febrero 1908, pp. 147-195. Recopilado posteriormente en T. B. VEBLEN, *The Place of Science in Modern Civilisation and Other Essays*, cit., pp. 180-230.

<sup>12</sup> T. B. VEBLEN, «The Limitations of Marginal Utility», *Journal of Political Economy*, noviembre 1909, pp. 620-636. Reeditado en T. B. VEBLEN, *The Place of Science in Modern Civilisation and Other Essays*, cit., pp. 231-251.

<sup>13</sup> T. B. VEBLEN, «Gustav Schmoller's Economics», *Quarterly Journal of Economics*, noviembre 1901, pp. 69-93. Reeditado igualmente en T. B. VEBLEN, *The Place of Science in Modern Civilisation and Other Essays*, cit., pp. 252-278.

<sup>14</sup> T. B. VEBLEN, «The Socialist Economics of Karl Marx and His Followers. I. The Theories of Karl Marx», *Quarterly Journal of Economics*, agosto 1906, pp. 578-595. Reeditado en T. B. VEBLEN, *The Place of Science in Modern Civilisation and Other Essays*, cit., pp. 409-430.

difundidas en su época<sup>15</sup>. En estos trabajos, Veblen sigue el mismo método de análisis que aplica a la tradición ortodoxa: dirige sus pesquisas directamente a las preconcepciones básicas de dichas teorías. Y, en el curso de esta indagación, descubre entre sus entresijos la huella de aquellas premisas sobre las que la «economía recibida» habría edificado su retrato del *homo oeconomicus*. Premisas éstas que son objeto en dichos textos de un comentario similar al que reciben en las páginas dedicadas a la economía clásica y marginalista. Por lo que, básicamente, sus aspectos más relevantes pueden considerarse englobados en los que relatan las páginas que Veblen consagra a lo que entendía era el tronco central de la economía de su tiempo<sup>16</sup>.

## 2. *Los cimientos del homo oeconomicus*

Comenzando por los fundamentos de dicho *homo oeconomicus*, Veblen señala que su retrato, tal y como fue esbozado inicialmente por Smith y madura después en las formulaciones marginalistas, reposa en tres postulados básicos. El primero de ellos es la noción de un cálculo hedonista. Dicho cálculo despunta ya, a su juicio, en los escritos del escocés —en cuyo seno habría convivido, sin embargo, con concepciones de muy diferente signo—, y se entroniza definitivamente con los teóricos de la utilidad marginal, de la mano de quienes acaba por convertirse en un denominador común presente casi de modo inexcusable en las versiones económicas convencionales.

Veblen remite la genealogía de este cálculo hedonista a la recepción en la economía del legado benthamiano y de la psicología asociacionista estrechamente vinculada al mismo, particularmente influyentes, a su parecer, entre los teóricos de la utilidad marginal. Esta es la razón por la que atribuye una enorme importancia a la figura de Bentham en la trayectoria de la ciencia económica, en tanto que privilegiada fuente de inspiración de su *homo oeconomicus*<sup>17</sup>. Ahora bien, asimismo se hace eco de la reelaboración posterior

<sup>15</sup> T. B. VEBLEN, «The Socialist Economics of Karl Marx and His Followers. II. The Later Marxism», *Quarterly Journal of Economics*, febrero 1907, pp. 299-322. Reeditado en T. B. VEBLEN, *The Place of Science in Modern Civilisation and Other Essays*, cit., pp. 431-456.

<sup>16</sup> Tronco central del que explícitamente excluía estas dos escuelas, por entender que la divergencia de sus respectivas concepciones respecto de las «concepciones clásicas modernizadas» seguía siendo lo suficientemente amplia como para «desestimar la consideración de [sus] postulados (...) bajo la misma línea de investigación» de estas últimas. T. B. VEBLEN, «The Preconceptions of Economic Science: III», *op. cit.*, p. 171.

<sup>17</sup> Cuestión también apuntada por muchos otros institucionalistas posteriores, como es el caso de su reputado discípulo Wesley Mitchell; cfr. W. C. MITCHELL, *Lectures Notes on Types of Economic Theory*, New York, Kelley, 1949, p. 92. Además, algunos de los autores del retrato del *homo oeconomicus* reconocieron explícitamente su deuda con la psicología hedonista benthamiana, como, por ejemplo, hizo Jevons. El reconocimiento de esta relación, por otra parte, es hoy moneda común. Véanse, entre otros muchos trabajos, M. HOLLIS y E. NELL, *Rational Economic Man. A Philosophical Critique of Neoclassical Economics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1975; H. LEBENSTEIN,

de las premisas psicológicas y metodológicas benthamianas llevada a cabo por John Stuart Mill<sup>18</sup>. Pero, a su entender, el punto de vista de Bentham es el que habría seguido proporcionando, en gran medida, el modelo para las sucesivas formulaciones del *homo oeconomicus*<sup>19</sup>. Lo que se evidencia, entre otras cosas, en el hecho de que los términos hedonismo, utilitarismo, en fin, benthamismo, aparecen siempre unidos en los escritos veblenianos<sup>20</sup>. Es en este sentido en el que hay que entender su frecuente adjetivación del *homo oeconomicus* como un sujeto hedonista, utilitarista, o bien simplemente benthamiano, al estimar que habría sido precisamente esta versión hedonista original, en detrimento de la versión posterior de Mill, la que habría alcanzado una mayor difusión entre los teóricos de la «economía recibida». En cualquier caso, ambas versiones coinciden, a su juicio, en concebir dicho cálculo como un rasgo inherente a la propia naturaleza humana, tan presente en los individuos de nuestras sociedades como en los hombres de otras etapas y medios.

Esta noción hedonista no habría conocido aún esta centralidad en la obra de Adam Smith, a quien, por cierto, Veblen convierte en una figura de transición dentro de esa suerte de evolución gradual en que, a su vez, transforma la historia de las ideas económicas. Razón por la cual se refiere a este economista «algo hedonista» como un «utilitarista moderado». En efecto, frente a lo que sucederá luego entre los «hedonistas consumados», los principios de placer y dolor aún convivirían en sus escritos con las consideraciones sobre la producción y el trabajo, que seguirían constituyendo el terreno económico por excelencia. Pero ello no es óbice para que la temprana incursión de este hedonismo utilitarista de corte benthamiano despunte ya tras la relevancia concedida al autointerés o a lo que otras veces denomina «afán por mejorar la propia condición», esto es, en la prosecución cabal del desnudo interés personal, elevada a la condición de rasgo consustancial del género humano. Prosecución

---

*Beyond Economic Man*, Cambridge (Mas.), Harvard University Press, 1976; y J. RILEY, *Liberal Utilitarianism*, Cambridge, Cambridge University Press, Londres, 1988.

<sup>18</sup> La importancia de esta revisión posterior a manos de Mill, así como su impacto en la concepción del hombre económico, constituyen también dos artículos de teoría prácticamente indiscutidos. Véase, sólo a modo de ejemplo, D. BENSUSAN-BUTT, *On Economic Man*, Camberra, Anu Press, 1978, p. 124.

<sup>19</sup> Amén de las apreciaciones veblenianas, véase, entre las muchas referencias al respecto, las recientes formulaciones de F. J. HENRY, *The Making of the Neoclassical Economics*, Boston, Unwin Hyman, 1990.

<sup>20</sup> Como, por ejemplo, se evidencia, entre otros, en la tendencia de este autor a utilizar indistintamente las denominaciones de «*economía hedonista*», «*economía post-benthamiana*» o «*economía utilitarista*» para referirse a la formulada por los teóricos de la utilidad marginal. Naturalmente, no cabe inferir de ello que este autor pretendiera reducir la prolongada historia del utilitarismo o del hedonismo exclusivamente a la versión de Bentham. O que le atribuyera toda la responsabilidad en la confección de este particular punto de vista, de tan larga tradición en muy diversas ramas del pensamiento. Por el contrario, todo hace pensar que sabía de la amplitud de esta corriente, sólo rudimentariamente cubierta por los conceptos mencionados. Pero en sus manos, sin embargo, éstos se emplean tan sólo por lo que hace al ámbito más restringido de la ciencia económica. Y, más concretamente, se refieren sobre todo a la orientación que alcanza su madurez con los teóricos de la utilidad marginal.

ésta que se entrelaza, además, con el reconocimiento de la ganancia pecuniaria como principal estímulo y fuerza motriz de la actividad económica. Es más adelante, con los «nuevos portavoces» de la ciencia económica, cuando, al calor de la reorientación general de la teoría económica que la reconstrucción vebleniana atribuye a la contribución marginalista, el cálculo hedonista se convierte en la «*piedra de toque de la verdad absoluta*»<sup>21</sup>, así como en el centro de gravedad del *homo oeconomicus* triunfante. Y, con ello, el reino de la aritmética benthamiana deviene el terreno sustancial de la disciplina económica.

Pero este cálculo hedonista, lejos de constituir el único postulado en el que se fundamenta el *homo oeconomicus* de la «economía recibida», se entrelaza con otro pilar central: una lectura teleológica del curso de los acontecimientos. La aceptación tácita o explícita de dicha lectura constituye, a juicio de Veblen, el segundo gran postulado en el que se asienta dicho *homo oeconomicus*. Según la explicación de este autor, sus raíces remiten a la doctrina optimista por mor de la cual se atribuye una tendencia benéfica al orden natural. Doctrina ésta, a su vez, heredera del setecientos, que sienta plaza en la ciencia económica desde sus comienzos, y que, aun progresivamente debilitada, la acompaña a través de todo su recorrido posterior.

Veblen localiza su primera expresión entre los fisiócratas, escuela con la que la fuerza de la ley natural alcanza su mayor expresión. Más tarde, esta doctrina, si bien continúa informando las especulaciones de los economistas, experimenta un progresivo debilitamiento, paralelo al despliegue de la propia ciencia. Ahora bien, ello no quiere decir que desaparezca. Por el contrario, Veblen sigue detectando su presencia, en primer lugar, tras la metáfora smithiana de la «mano invisible», así como en la confianza del escocés en los principios de la libertad natural y del autointerés, en tanto que vehículos naturales de la autorregulación espontánea de los intereses. Por último, este postulado se habría conservado, aun con revisiones, entre los economistas «hedonistas», asegurando que la orientación de la conducta individual por las expectativas racionales de placer o de dolor acabaría proporcionando «*un balance neto de placer*»<sup>22</sup>. Algo que, según Veblen, forma parte del estado de equilibrio normal al que estos economistas presuponen que tiende el sistema económico.

Tras esta concepción de un estado normal o natural late, según Veblen, una implícita equiparación de dicho estado con lo correcto o lo conveniente. Así como también perviven los vestigios de una ley natural que, aun mitigada, sigue proporcionando referencias a hipotéticos estados de equilibrio.

Finalmente, esta misma confianza optimista en el curso de la vida económica alienta el tercer postulado sobre el que asienta este abstracto retrato del *homo oeconomicus*. Se trata de una concepción también ficticia del marco institucional en que aquél se desenvuelve. Y que, en una operación similar a la realizada con respecto a los motores de la implicación humana en la actividad

<sup>21</sup> Véase T. B. VEBLEN, «Professor Clark's Economics», *op. cit.*, p. 192.

<sup>22</sup> Cfr. T. B. VEBLEN, «Professor Clark's Economics», *op. cit.*, p. 222.

económica, sustituiría la referencia al funcionamiento y a los componentes reales de dicho marco por una reconstrucción ideal del mismo, realizada a la luz de ese supuesto estado natural o normal al que se aproximarían los hechos. Porque, a juicio de Veblen, la «economía recibida» sólo da entrada a los elementos institucionales y culturales en tanto que premisas inmutables. De forma que los hábitos e instituciones, y todos los restantes componentes del entramado institucional, de ser tenidos en cuenta, son concebidos estáticamente, como si fueran ajenos al cambio y a la interacción dinámica con la conducta humana. Para la «economía recibida» constituyen tan sólo el telón de fondo de los avatares de ese agente hedonista en su denodada prosecución del máximo placer. Su presencia, por tanto, axiomáticamente asumida en una forma típica y definitiva, en nada puede alterar el *libreto* de una escena siempre repetida.

Esta concepción del entramado institucional no es, según Veblen, sino el envés de los otros dos postulados sobre los que se fundamenta el *homo oeconomicus*. Porque, de una parte, su conducta se explica en términos puramente individuales, en relación con un cálculo hedonista que ignora la mediación institucional. Y, de otra, la investigación de la estructura institucional y del esquema cultural concretos en cuyo contexto se produce la acción económica se sustituye por la defensa axiomática de un orden directamente derivado de la doctrina de los derechos naturales. Doctrina ésta presente ya en la economía clásica, concretamente en la versión de Adam Smith, y que habría continuado informando los planteamientos de los teóricos de la utilidad marginal, como la obra de Clark, claro «portavoz del sistema competitivo»<sup>23</sup>, pondría de manifiesto.

### 3. *Inmutabilidad, hedonismo y atomización. Las señas de identidad del homo oeconomicus*

En relación con los tres cimientos mencionados, Veblen define el retrato del *homo oeconomicus* con los rasgos de su inmutabilidad, su razón utilitarista y hedonista, y la atomización de su individualidad aislada.

En primer lugar, destaca que se trata de un agente aparentemente inmutable y ajeno a la dimensión espacio-temporal, esto es, a su entorno y a su historia. En efecto, al entender del norteamericano, la economía «convencional» retrata al *homo oeconomicus* como un ser esencialmente invariable, extraño a cualquier proceso de cambio, presumiendo que su comportamiento, orientado siempre hacia la búsqueda del máximo placer, nada debe al paso del tiempo, siendo como es expresión de lo que natural o normalmente brota de su naturaleza<sup>24</sup>.

<sup>23</sup> Cfr. T. B. VEBLEN, «Professor Clark's Economics», *op. cit.*, p. 189.

<sup>24</sup> Algo que, por otra parte, Veblen relaciona con las dificultades de la «economía



La razón hedonista y utilitarista es el segundo rasgo al que más relevancia atribuye Veblen de entre todos los que definen el retrato de este agente económico. Una razón focalizada a la maximización de la utilidad propia, móvil éste con el que ningún otro podría competir, precisamente al constituir la utilidad «*un asunto de producción de placer y de prevención de dolor*»<sup>25</sup>. Veblen lo describe más extensamente de la siguiente forma, en lo que constituye ya una cita obligada de sus palabras:

*«En todas las formulaciones recibidas de la teoría económica, ya sea a manos de los economistas ingleses o en las de los economistas del Continente, el material humano del que se ocupa la investigación se concibe en términos hedonistas; es decir, en términos de una determinada naturaleza humana pasiva y sustancialmente inerte e inmutable. Las preconcepciones psicológicas y antropológicas de los economistas han sido aquellas que fueron aceptadas por las ciencias psicológicas y sociales hace ya algunas generaciones. La concepción hedonista del hombre es la de un calculador fulgurante de placeres y de penas, que oscila como un glóbulo homogéneo de deseo y de felicidad bajo el impulso de los estímulos que le rozan la superficie, pero que le dejan intacto. No tiene antecedente ni consecutivo. Es un dato humano aislado, definitivo, en equilibrio estable, excepto por los golpes de las fuerzas que le desplazan en una u otra dirección. Autosuspendido en un espacio elemental, gira simétricamente en torno a su propio eje espiritual hasta que el paralelogramo de fuerzas se abate sobre él, momento en que sigue la línea resultante. Cuando se agota el impacto, vuelve al reposo, como un glóbulo de deseo autosuficiente, como antes»*<sup>26</sup>.

Finalmente, un último rasgo a añadir a la ya considerada inmutabilidad de la razón hedonista y utilitarista del *homo oeconomicus* es que dicha razón permanece encerrada dentro de los estrechos límites de la individualidad. Es decir, dicho *homo oeconomicus*, lejos de ser retratado como un actor social, inmerso en la trama de la vida colectiva, es reducido a la condición de átomo egoísta y aislado, sólo tangencialmente rozado por unas relaciones sociales que no ocupan sino un capítulo menor en este cuadro.

Ello se completa con una difusa noción de sociedad, entendida como una simple suma algebraica de los individuos que la integran. En relación con la cual el interés social se reduce, a su vez, a la adición de los intereses individuales.

---

recibida» para integrar las consideraciones dinámicas, a pesar de los recientes esfuerzos que atisba en esta valiosa dirección en las obras de Keynes y Marshall. Y frente a lo cual reafirma su inequívoca opción a favor de un enfoque evolucionista, más atento a la reconstrucción genética e histórica.

<sup>25</sup> Cfr. T. B. VEBLEN, «Professor Clark's Economics», *op. cit.*, p. 212.

<sup>26</sup> Cfr. T. B. VEBLEN, «Why Is Economics Not an Evolutionary Science?», *op. cit.*, pp. 73-74.

Sobre la base de esta «vivisección» del *homo oeconomicus* practicada, Veblen concluye que esta preconcepción no consigue dar cuenta ni del hombre real ni de los motivos y orientación de la compleja conducta propia de éste. Por lo que, a su entender, tampoco constituye una adecuada herramienta para la comprensión de su comportamiento económico. Además, la «economía recibida» le atribuiría la condición de premisa universal, axiomática y apriorística cuando, de acuerdo con la epistemología vebleniana, su validez, como la de todas las restantes preconcepciones, es necesariamente relativa a un determinado contexto histórico, dentro del cual se gesta y se desarrolla<sup>27</sup>.

A lo que vendría a añadirse, por último, su creciente obsolescencia. Porque Veblen admite que, a pesar de todas sus deficiencias, este retrato del *homo oeconomicus* podría sostenerse con mayor verosimilitud a la luz de los conocimientos sobre la naturaleza humana imperantes en un pasado reciente. Pero su inadecuación no habría hecho sino acrecentarse con el notable avance experimentado por estos saberes desde la última mitad del siglo en adelante. Por lo que, finalmente, habría acabado por resultar rotundamente obsoleto, reclamando, en consecuencia, su urgente sustitución por una nueva preconcepción, más receptiva a dichos avances y más emparentada con el giro en las posiciones epistemológicas y metodológicas desplegado en otras ciencias.

---

<sup>27</sup> De acuerdo con la particular *wissensoziologie* vebleniana, las preconcepciones científicas no son ajenas al caldo de cultivo representado por los hábitos de la comunidad en que se gestan. Y, a su vez, dichos hábitos no son sino una reverberación de las formas de vida, esto es, de las condiciones materiales de existencia, así como del esquema institucional vigente. De ahí la necesaria contextualización de unas preconcepciones que, lejos de ahistóricas, responden fielmente a la idiosincrasia del mundo que las ha creado. Ahora bien, lo cierto es que el significado que Veblen atribuye a estas preconcepciones no se agota en este concreto contenido histórico. Por el contrario, combinan esta naturaleza, que las entronca con los hábitos de vida y de pensamiento imperantes, con un carácter regulativo que, sin alcanzar la majestad ontológica y la universalidad de las categorías kantianas, permite al sujeto cognoscente trascender la realidad fenoménica exterior. En definitiva, su dual naturaleza, no exenta de contradicciones, pone de manifiesto la propia ambivalencia de la matriz epistemológica de su creador. Además de Dorfman y Daugert, en sus estudios clásicos sobre la obra vebleniana, han examinado atentamente la cuestión A. VINOKUR, en su obra *Thorstein Veblen et la tradition dissidente dans la pensée économique américaine*, París, R. Pichon et R. Durand-Auzias, 1969; y C. CORBO, en su tesis doctoral, sin publicar, *Les théories épistémologiques et sociales de T. B. Veblen (1857-1929). Clefs pour une lecture en Veblen*, Universidad de Montreal, 1973.

## II. LUCES Y SOMBRAS DE LAS FORMULACIONES VEBLENIANAS. ENTRE LA REVUELTA CONTRA EL *HOMO OECONOMICUS* Y LA EDIFICACION DE UNA NUEVA CONCEPCION DE LA NATURALEZA HUMANA

### 1. *La reorientación del pensamiento social y el turning point de la naturaleza humana*

Esta preocupación por la cuestión de la naturaleza humana, lejos de ser tan sólo producto de la peculiar idiosincrasia vebleniana, constituye uno de los principales rasgos caracterizadores del eferescente medio intelectual en el que le tocó vivir. Así como también su diagnóstico del *homo oeconomicus*, acusan la huella de este mismo contexto de *fin de siècle*.

En efecto, es entonces cuando, de acuerdo con la magistral descripción de Stuart Hughes<sup>28</sup>, una crucial *pléyade* de científicos y pensadores sociales protagonizan una decisiva reorientación en el pensamiento social en respuesta a la crisis simultánea abierta en múltiples campos del saber. Y, como en el caso de las formulaciones veblenianas, una de las cuestiones más discutidas es precisamente la relativa a la naturaleza humana, así como las implicaciones del utilitarismo al respecto. Por otra parte, este *turning point*, en combinación con otros elementos autóctonos, se traduce en suelo norteamericano en lo que White<sup>29</sup>, en otro estudio ya clásico, ha denominado la «rebelión antiformalista». Esto es, en un movimiento de simpatía común por todo lo que, desde la perspectiva del análisis cultural o histórico, se opusiera al excesivo formalismo abstracto imperante en las ciencias humanas. Dicha rebelión, capitaneada por relevantes figuras del pensamiento social, se beneficia también de la inspiración vebleniana, exponente de un estado de opinión más amplio en favor de un giro en la concepción de la naturaleza humana.

Finalmente, los vientos renovadores de esta era finisecular alcanzan una particular intensidad dentro de la ciencia económica, que al calor de estas convulsiones conoce a su institucionalización académica definitiva. Hay que recordar que Veblen escribe a escasa distancia de lo que, por la magnitud de los cambios implicados, se ha venido en denominar la «revolución marginalista»<sup>30</sup>. Una revolución cuyo reconocimiento generalizado se demora hasta

<sup>28</sup> Véase H. STUART HUGHES, *Conciencia y sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo, 1890-1930*, Madrid, Aguilar, 1972.

<sup>29</sup> Véase M. G. WHITE, *Social Thought in America: The Revolt Against Formalism*, New York, The Viking Press, 1950. También respecto a los avatares del pensamiento social norteamericano en este período, interpretado desde la tesis de la confluencia de ambas orillas del Atlántico en una tradición cultural común, véase M. F. SUTO, *Thorstein Veblen and the Crisis of Western Social Thought*, tesis doctoral sin publicar, Universidad de California, Los Angeles, 1979.

<sup>30</sup> Respecto a la conveniencia de recurrir a esta denominación, véase el debate recogido en R. D. COLLISON BLACK, A. W. COATS y D. W. GOODWIN (eds.), *The Marginal Revolution in Economics. Interpretation and Evaluation*, Durham (North Carolina), Duke University Press, 1973.

el comienzo del nuevo siglo<sup>31</sup>, y cuyas exactas fronteras el norteamericano no logra delimitar sin imprecisiones —nunca recurre a esta expresión—, pero de la que pronto adivina su trascendencia, de la mano de su profesor Clark. Como es sabido, Veblen no se equivocaba al destacar la relevancia que desde posiciones marginalistas se va a atribuir a la cuestión de la naturaleza humana, ya que precisamente la refundación de la disciplina postulada sobre la base del modelo de la ciencia física, esto es, como ciencia «exacta» o «pura», se apoya estrechamente en los supuestos utilitaristas defendidos en relación con el comportamiento racional del *homo oeconomicus*<sup>32</sup>. Supuestos éstos que, a su vez, justifican la exclusión de cualquier referencia a «*las relaciones sociales*»<sup>33</sup> o a los «*fenómenos reales*»<sup>34</sup>, relegados a otras ciencias histórico-empíricas distintas de la economía. Ahora bien, junto a estas posiciones arrecian también en esta crítica etapa aquellas otras que, más cercanas a las versiones historicistas difundidas desde las prestigiosas universidades alemanas, se oponen a la división así planteada y recuerdan la especificidad del comportamiento humano<sup>35</sup>. Este es el caso del institucionalismo americano, desde el que Veblen defiende

<sup>31</sup> Véanse R. S. HOWEY, «The Origins of Marginalism», y M. BLAUG, «Was There a Marginal Revolution?», ambos recopilados en R. D. COLLISON BLACK, A. W. COATS y D. W. GOODWIN (eds.), *op. cit.*, pp. 3 a 14 y 15 a 36, respectivamente.

<sup>32</sup> Como es sabido, fueron precisamente los principales responsables de la llamada revolución marginalista, como Jevons, quienes establecieron esta relación entre la nueva fundamentación de la ciencia económica como ciencia físico-natural y la posibilidad de entronizar en ella el método matemático, de un lado, y el axioma de un agente económico maximizador de su utilidad, de otro. Véase, entre otros muchos textos marginalistas clásicos, la obra de este autor, W. S. JEVONS, *The Principles of Economics*, New York, Augustus M. Kelley, 1965 [1905]. Sendos exámenes recientes de la cuestión se encuentran en B. MAZLISH, «Jevon's Science and his "Second Nature"», en J. CUNNINGHAM WOOD (ed.), *William Stanley Jevons: Critical Assessments*, Londres y New York, Routledge, 1988, vol. I; y en C. M. A. CLARK, *Economic Theory and Natural Philosophy*, Hants y Vermont, Edward Elgar, 1992.

<sup>33</sup> Es Jevons quien, frente a la pretensión de algunos contemporáneos de —en sus palabras— «convertir nuestra ciencia económica en una ciencia histórica, destruyéndola completamente en el proceso», aconseja la separación radical entre la nueva *economics*, fundada en la «estrecha analogía con la ciencia de la mecánica estadística», y la rama del saber que habría que erigir «sobre un fundamento histórico» en atención a dichas «relaciones sociales»; véase W. S. JEVONS, *The Theory of Political Economy*, New York, Augustus M. Kelley, 1965 [1871], 5.ª ed., p. 20.

<sup>34</sup> Véase C. Menger, *Investigations into the Method of the Social Sciences*, New York, New York University Press, 1985 [1883], p. 112. Según Menger, dichos fenómenos escapan del ámbito propio de la ciencia teórica «pura» en que, a su entender, debe consistir la economía, destinada al establecimiento de las «leyes exactas» que rigen el curso de «los fenómenos de la realidad económica abstracta».

<sup>35</sup> El mundo cultural alemán fue particularmente refractario a unas posiciones marginalistas que no llegaron a contar prácticamente con ningún cultivador de renombre —con la notable y precursora excepción de Hermann Heinrich Gossen— en la misma época en que más atracción estaban ejerciendo sobre notables economistas austriacos, ingleses, franceses y americanos. Y ello pese a que, conforme a la expresión de Stigler, Alemania fue «la nación científica puntera en el final del período victoriano». La profunda querrela metodológica que entonces se extendió por sus elogiadas universidades acerca del estatuto teórico respectivo de las «ciencias de la naturaleza» y de las «ciencias de la cultura», así como la hegemonía de la perspectiva historicista e interpretativista, alentaron,

la necesidad de tener en cuenta el carácter cultural e históricamente relativo de los fenómenos de la vida económica<sup>36</sup>.

## 2. *Instintos, hábitos y comportamiento humano*

Al hilo de las objeciones aducidas, Veblen va perfilando los contornos de una concepción alternativa de la naturaleza humana que él legitima por referencia a las aportaciones de las ciencias del momento. Básicamente, sus reflexiones al respecto insisten en la naturaleza biológica y sociocultural del ser humano, y en la intervención en su conducta del contexto institucional y material en que dicha conducta se desenvuelve.

Más allá de los perfiles concretos que reviste en su obra, es innegable que esta concepción vebleniana presenta también muchos puntos de contacto con las indagaciones en curso de eminentes científicos contemporáneos, tanto por lo que hace a sus postulados como al frágil y resbaladizo repertorio conceptual en que se apoya. Respecto de los primeros, hay que tener en cuenta que Veblen escribe en un país caracterizado por la hegemonía de un evolucionismo de corte darwinista, así como por el triunfo del enfoque pragmatista, que él recibiera directamente de su profesor en Johns Hopkins, Charles S. Peirce, y que se entroniza con fuerza en diversas especialidades, tales como la psicología, de la mano de James, o la pedagogía, a través de Dewey. Enfoque pragmatista éste que, además, alienta entonces los escritos del que fuera colega de Veblen en Chicago, G. M. Mead, en quien se inspiran las referencias de aquél a la construcción social de la identidad, tan relevantes en su análisis del consumo.

Todas estas fuentes, junto con otras como la psicología instintivista de McDougall, la fisiología de Loeb, o la antropología de Boas o Tylor, están detrás de las dimensiones que Veblen atribuye al ser humano. Dimensiones de las que trata de dar cuenta mediante los resbaladizos conceptos de hábito e

---

por contra, el vigor de la nueva escuela histórica alemana, al tiempo que obstaculizaron el desarrollo de la teoría de la utilidad marginal en este país. Véanse, entre otros muchos trabajos, J. G. STIGLER, «The Adoption of the Marginal Utility Theory», *History of Political Economy*, vol. 4 (fall), pp. 570-586; y F. A. HAYEK, «Introducción» a C. MENGER, *Principios de economía política*, Unión Editorial, 1983, pp. 15-51.

<sup>36</sup> Como es sabido, la influencia de los centros de educación superior alemanes en la organización de las universidades norteamericanas nacientes más importantes, así como la frecuente visita de los primeros por parte de los científicos procedentes del norte del nuevo Continente, fue particularmente importante en el ámbito de la ciencia económica y repercutió, sin duda, en los principios sobre los que se organizó, en 1885, la nueva *American Economic Association*, bajo el liderazgo de Richard T. Ely, formado en Halle y en Heidelberg. No en vano hasta el disidente profesor Veblen, alumno de Ely en Johns Hopkins, coincidió en tributarles un cerrado elogio, convirtiéndoles en la principal fuente de inspiración de su obra *The Higher Learning in America. A Memorandum on the Conduct of Universities by Business Men*, New York, Huebsch, 1918. Por otra parte, la existencia de un poderoso cordón umbilical entre la escuela histórica alemana y el institucionalismo es uno de los aspectos más conocidos —y no por ello menos discutidos— de la genealogía de este último movimiento norteamericano.

instinto, profusamente utilizados y discutidos en su tiempo<sup>37</sup>. A la luz de estas categorías, Veblen entiende la naturaleza humana como el resultado complejo de la conjunción de unos hábitos e instintos que, siendo distintos, no se entienden como antitéticos, y cuya intervención se produce dentro del eje de coordenadas de un esquema institucional y de unas condiciones de vida determinados.

Ahora bien, como sucede también en el caso de muchos otros trabajos contemporáneos, las formulaciones de Veblen al respecto adolecen de una imprecisión que, lejos de desaparecer con el paso de los años, se perpetúa —prácticamente sin cambios— hasta sus escritos finales.

De una parte, este autor apenas concreta el significado atribuido a los conceptos empleados, tarea a la que no reserva ningún capítulo exclusivo a lo largo de toda su obra. Y cuando se asoma explícitamente a este proceloso territorio, como sucede en las primeras páginas del famoso libro que lleva por título *The Instinct of Workmanship and the State of the Industrial Arts*<sup>38</sup>, consume la mayor parte de sus reflexiones justificando el recurso a un concepto tan problemático como el de instinto<sup>39</sup>.

Es él mismo quien adjetiva este concepto con los calificativos de «impreciso», «desgastado», «vago» y «cambiante». Y tan sólo se detiene en el examen de sus diferencias con respecto a las inclinaciones tropismáticas reflejas. Lo

<sup>37</sup> No sólo Veblen, sino también figuras tan prominentes en el mundo intelectual de entonces como Tönnies, Thomas y Znaniecki, Dewey, James y muchos otros de los anteriormente citados, recurren en algún momento a dichos conceptos en su búsqueda de unas nuevas herramientas más adecuadas para aprehender el comportamiento humano. Y, como Veblen, comparten incertidumbres y ambigüedades acerca de su exacto significado. A pesar del tiempo transcurrido, la tesis de W. J. HARRIS, *Thorstein Veblen's Social Theory*, presentada en 1956 en la New School for Social Research y no publicada, sigue ofreciendo un buen resumen de la cuestión. En esta misma dirección, puede consultarse también la voz «Instinct», de la que es responsable L. L. BERNARD, en la edición de la *Encyclopaedia of the Social Sciences* a cargo de Edwin R. A. Seligman y Alvin Johnson, publicada originalmente en New York, The MacMillan Co., 1934, y citada aquí por la edición de 1949. Por la atención específica de que ha sido objeto en algunos de los mejores trabajos dedicados a Veblen, conviene destacar también el paralelismo existente entre su teoría de los instintos y los planteamientos de Freud al respecto, autor este último al que Veblen se refirió casi siempre elogiosamente. Así, Louis SCHNEIDER ha enfatizado los denominadores comunes que enlazan sus respectivas formulaciones en su conocido estudio *The Freudian Psychology and Veblen's Social Theory*, New York, King's Crown Press, 1948. Desde otra perspectiva, y sin negar el interés del análisis comparativo de Schneider, Diggins ha preferido subrayar, por el contrario, las diferencias existentes entre los puntos de vista de Veblen y Freud. Véase J. P. DIGGINS, *op. cit.*, p. 112.

<sup>38</sup> Originalmente publicado en New York por la Editorial MacMillan, 1914.

<sup>39</sup> Justificación que fundamenta en los objetivos y en la naturaleza de su investigación, alejada de cualquier pretensión de un análisis psicológico exhaustivo. Y en donde parece encontrar el aval para la operación de coger en préstamo este confuso término, sin necesidad de enredarse —como los psicólogos o los biólogos— en los intrincados problemas de su definición. Pero beneficiándose, sin embargo, de la oportunidad que dicho concepto le brinda de hacer alusión a esas propensiones marcadas en la naturaleza humana por el sello de la evolución y del proceso de selección natural, a las que tanta relevancia concede.

que se corresponde con su reiterada insistencia en la intervención de la inteligencia, y más ampliamente de la cultura, en estos instintos humanos superiores, mitad naturaleza, mitad cultura. Algo estrechamente vinculado con su rechazo de la interpretación de éstos como inclinaciones puramente fisiológicas o mecánicas, y la reivindicación de los mismos como una suerte de principios regulativos, es decir, de garantías últimos de la adaptación de la especie humana a su entorno, que marcarían las condiciones de viabilidad y de supervivencia de la misma.

La atención prestada al concepto de hábito, que, sin embargo, puebla profusamente las páginas veblenianas, no es mayor. En primer lugar, no demarca claramente sus límites fronterizos ni con los instintos ni con las instituciones. Porque los primeros —que sólo prescriben unas vagas y genéricas orientaciones— se traducen en conducta a través de la mediación de los hábitos. Y las segundas cristalizan gracias a prolongados procesos de habituación, por lo que tan sólo su relativa mayor solidez y perdurabilidad las distingue de los hábitos de que se componen.

Además, el trabajo teórico en que apoya su construcción de la naturaleza humana exhibe el mismo carácter impreciso de las herramientas en que se sustenta. En efecto, apenas se interna concienzudamente por los problemas que la teorización de las complejas relaciones entre la presión de los hábitos y la fuerza de los instintos plantea, como tampoco sistematiza los vínculos posibles entre el campo de juego de los individuos y los determinantes institucionales. Todo lo cual corrobora la insuficiente fundamentación de una concepción de la naturaleza humana que, aun apuntando en la dirección marcada por los avances científicos de su época, más que integrar sus nuevos conceptos en un conjunto trabado y sistemático, los yuxtapone sin excesivas mediaciones analíticas. Algo que, como conjeturábamos al comienzo de estas páginas, responde, en gran medida, al carácter polémico que guía la incursión de Veblen en este quebradizo terreno, una motivación seguramente más potente para el norteamericano que la voluntad de edificar una sólida concepción propia.

Y algo similar cabe decir con respecto a la conceptualización del orden institucional y del entorno material que, junto con la relativa a la naturaleza humana, componen el corazón de la teoría social de Veblen. También ellas adolecen de una ambición teórica superior al nivel que logra alcanzar. Lo que se debe a carencias de precisión y elaboración semejantes.

Ahora bien, pese a las insuficiencias apuntadas, es innegable que la aportación vebleniana abre las puertas a una conceptualización del agente económico y social más amplia que la representada por el retrato convencional del *homo oeconomicus* —operación ésta cuyos ecos se proyectan hasta nuestra época—, así como aviva la sensibilidad por lo institucional, tan olvidado en otras formulaciones. Otra cosa es preguntarse si él mismo logró edificar sobre estas bases una sólida construcción alternativa de la naturaleza humana y de su actuar. Cuestión de la que nos vamos a ocupar en las próximas páginas con un

---

---

recorrido más exhaustivo por «la respuesta» del norteamericano a los postulados y al retrato de dicho *homo oeconomicus*.

2. *Contribuciones e insuficiencias de las reservas veblenianas frente a los postulados del homo oeconomicus*

Frente al postulado de que la conducta económica se orienta por los dictados de una subjetividad esclava del cálculo hedonista y ciega ante otros motivos o incentivos que no sean los estímulos pecuniarios, Veblen sostiene una concepción dual de la naturaleza humana, abierta al reconocimiento de la mediación del entorno material y cultural. Esto es, enfrenta el carácter más o menos espontáneo de aquella calculabilidad innata, de una parte, con la variabilidad de las metas y de los objetivos emanados de aquellos hábitos y, de otra, con la relación metabólica de los hombres con la naturaleza, cuyo fruto serían precisamente las inclinaciones instintivas supervivientes, sabiamente depuradas a través de un prolongado proceso de selección natural. Así como también desvela la canalización del comportamiento desarrollada por las instituciones. En definitiva, amplifica las fuentes y los fines de la conducta humana, subrayando al tiempo la historicidad y el carácter social y cultural de ésta, que sólo equivocadamente podría comprenderse a la luz de una lógica innata, unidimensional y ahistórica. Como errónea sería la «historia conjetural» por remisión a la cual dicha lógica habría tratado de legitimarse.

Por otra parte, rechaza la pasiva concepción del agente económico que, a su entender, se deriva de esta doctrina del cálculo hedonista. Frente a la cual invoca de nuevo la impronta de la selección natural sobre el género humano, que habría dotado a éste de una laboriosa inclinación instintiva al «trabajo bien hecho» (*instinct of workmanship*), necesaria para garantizar su supervivencia. Así como concede un papel privilegiado a la esfera de la producción, donde localiza el motor de la evolución social, sobre todo por lo que hace a los aspectos tecnológicos.

En cualquier caso, Veblen entiende que la entronización de la doctrina del cálculo hedonista es, a su vez, la expresión del «punto de vista» de una determinada etapa histórica, marcada por el desarrollo del sistema capitalista y por la hegemonía de los hábitos pecuniarios, poniendo de manifiesto la ya mencionada historicidad y relatividad de las preconcepciones científicas.

Hasta aquí el resumen de las críticas veblenianas a la doctrina del cálculo hedonista. En las que, por cierto, despuntan ya ciertos problemas que se esquematizan a continuación. En primer lugar, los derivados de su recurso a una noción de instinto para combatir precisamente la supuesta ahistoricidad de una lógica innata del comportamiento humano, así como la inmutabilidad de los motivos y objetivos finales de la misma. Ya que, por más que Veblen insista en presentar las tendencias instintivas como resultado de una primigenia evolución en la que se habría moldeado el *homo sapiens*, y recuerde continua-

---



mente su apertura a la mediación de la inteligencia y del aprendizaje cultural, lo cierto es que él mismo admite su carácter hereditario, como parte, en última instancia, de una suerte de dotación biológica natural propia de la especie humana. Así como asume también su invariabilidad, por más que ello afecte tan sólo al núcleo medular de esas inclinaciones extremadamente genéricas y carentes de contenido concreto que son para él los instintos. Todo lo cual se integra en una teoría que sostiene que, aunque permanezcan ocultos o estén subordinados a hábitos o instituciones de muy distinto signo, los instintos básicos de inclinación paternal (*instinct of parental bent*), trabajo bien hecho (*instinct of workmanship*) y curiosidad ociosa (*instinct of idle curiosity*) pervivirán siempre en el género humano.

Es cierto que son muchos los comentaristas que han interpretado esta noción vebleniana de instinto como una tosca referencia a la categoría de interés<sup>40</sup> o de valor<sup>41</sup> que el norteamericano no habría acertado aún a incorporar. Como también otros, desde Arthur K. Davis a Raymond Aron<sup>42</sup>, han querido descubrir ahí el carácter sustancialmente normativo de su concepción de la naturaleza humana y, más ampliamente, de todo su sistema. Pero todo ello no hace sino evidenciar la incertidumbre que acompaña a su uso en las páginas del norteamericano, lo que dificulta la resolución de los problemas teóricos pendientes.

En cualquier caso, las reservas que esta solución vebleniana despierta no han de hacernos olvidar que en las formulaciones de este autor relativas al cálculo hedonista se apuntan ya, y muy tempranamente, algunos de los interrogantes que han dado pie posteriormente a diversas interpretaciones en las que se ha cuestionado el excesivo hincapié de la economía convencional en los supuestos de un comportamiento racional definido por su presumida consistencia interna medios-fines y por su orientación en la línea de la maximización del propio interés. Algo que, aun vagamente, resuena en los trabajos contemporáneos de Amartya Sen<sup>43</sup>, Hollis<sup>44</sup>, Nell<sup>45</sup>, Hodgson<sup>46</sup>,

<sup>40</sup> Esta es la opinión de un reputado analista del sustrato filosófico de la obra económica vebleniana, S. M. Daugert, para quien la teoría de los instintos de este autor acaba mudándose en sus escritos finales en una teoría de los intereses. Véase S. M. DAUGERT, *The Philosophy of Thorstein Veblen*, New York, King's Crown Press of Columbia University, 1950.

<sup>41</sup> Véase, sobre todo, la tesis doctoral de A. K. DAVIS, *Thorstein Veblen's Social Theory*, dirigida por Talcott Parsons y presentada el año 1941 en la Universidad de Harvard. Esta interpretación se recoge también en otros ensayos de este autor, básicamente en «Sociological Elements in Veblen's Economic Theory», *Journal of Political Economy*, núm. 53, junio 1945, pp. 132-149.

<sup>42</sup> Véase R. ARON, «Avez-vous lu Veblen?», estudio introductorio a T. B. VEBLEN, *Théorie de la classe de loisir*, París, Gallimard, 1970, pp. VII-XLI.

<sup>43</sup> Véase, entre otros, A. SEN, *Sobre ética y economía*, Madrid, Alianza, 1989.

<sup>44</sup> Véase M. Hollis y F. H. Hahn (eds.), *Philosophy and Economic Theory*, Oxford, Oxford University Press, 1979.

<sup>45</sup> Véase E. NELL y M. HOLLIS, *Rational Economic Man. A Philosophical Critique of Neo-Classical Economics*, Londres, Cambridge University Press, 1975.

<sup>46</sup> Véase G. M. HODGSON, *Economics and Institutions. A Manifesto for a Modern Institutional Economics*, Cambridge, Polity Press, 1988.

Simon<sup>47</sup> y de otros investigadores más que, desde diferentes posiciones y puntos de vista, han continuado profundizando en la compleja polémica desarrollada en torno a estos extremos.

Bien es verdad que Veblen no atisba sino a asomarse e identificar la puerta de entrada de este resbaladizo campo de trabajo. Como evidencia el hecho de que ni siquiera llega a hacer alusión a la problemática —y crucial— noción de racionalidad, sobre cuyo exacto significado, obviamente, nada aporta. Y que, en gran parte, en su propio esquema, más que erradicar, sustituye —repite— de nuevo la operación más arriba indicada— por la evocadora idea de la adaptación al entorno, nueva clave de la conducta adecuada, en la línea de la racionalidad instrumental. Una adaptación que resulta, a su parecer, del fruto combinado de la selección natural, de un lado, y de los instintos humanos, de otro. Esto es, que procede y afecta a un ámbito superior al de la pura subjetividad individual.

Pero es innegable, al mismo tiempo, que su insistencia en la centralidad del cálculo hedonista, como motor de la conducta económica normal definida por la «economía recibida», insinúa algo de la calculabilidad y de la orientación egoísta que, de acuerdo con la explicación de Amartya Sen<sup>48</sup>, caracteriza al concepto de racionalidad de la teoría económica convencional. Luego Veblen, a pesar de todas sus dificultades teóricas, contribuye a abrir un camino por el que después han continuado avanzando muchos otros desde entonces, aunque él nunca llegara a imaginar cuál sería el preciso trazado de dicho camino ni a qué nuevos territorios conduciría.

Por lo que respecta al segundo de los postulados que Veblen atribuye al *homo oeconomicus*, la cuestión se plantea en términos similares. De un lado, desvela la errónea atribución de capacidad teleológica a los hechos que implica, y que es herencia, a su parecer, de las tendencias animistas originadas en etapas pasadas de la evolución humana. Como rechaza, de otro, el olvido de la coerción y del conflicto propios del orden económico y social de la mayor parte de las comunidades conocidas, así como su arbitraria sustitución por una ficticia situación de equilibrio elevada a la categoría de normalidad.

Un tema recurrente en su obra es la afirmación del carácter ciego e impersonal de la secuencia acumulativa en que, a su entender, consiste la historia. Una historia que Veblen concibe declaradamente como un proceso evolutivo abierto del que ni se conocería el final ni cabría tratar de adivinarlo recurriendo a la necesidad histórica o a una reconstrucción «conjetural» elaborada a la luz de una ficticia noción de normalidad o de ley natural. Error en el que, por cierto, él mismo evitó a toda costa incurrir, negándose a ofrecer una lectura cerrada del futuro, y recordando, por el contrario, que éste podía verse protagonizado por muy distintas situaciones, dependiendo de que triunfaran las instituciones «imbéciles» o de que primara la voluntad constructiva de adap-

<sup>47</sup> Véase H. A. SIMON, *Reason in Human Affairs*, Oxford, Basil Blackwell, 1983; así como su ensayo «From Substantive to Procedural Rationality», aparecido en S. J. Latsis (ed.), *Method and Appraisal in Economics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1976.

<sup>48</sup> Véase A. SEN, *op. cit.*, principalmente pp. 30-39.

tación pacífica al entorno. Aunque es evidente que su consustancial pesimismo le hacía esperar —y temer— más una resolución en la línea de la primera de las posibilidades mencionadas, como, a su juicio, había venido siendo el caso en la historia conocida de la humanidad<sup>49</sup>.

Ello constituye una original y notable aportación, ya que, como Elias<sup>50</sup> recuerda, la necesaria preocupación por la evolución social se acompaña en la mayor parte de las teorías decimonónicas de una confianza ideológica en el progreso que empequeñece su interés. Pero, por otra parte, no deja de resultar paradójico que precisamente Veblen, que tantas veces repudió el carácter conjetural de las referencias históricas recogidas en la «economía recibida», se diera por satisfecho con la que relata en sus páginas. Porque en éstas reina una historia marcadamente especulativa, sólo excepcionalmente acompañada de alusiones a contextos o hechos concretos. Los cuales, por otra parte, las más de las veces, sencillamente se engarzan como las cuentas de un collar en un diseño previamente establecido, en un estilo que recuerda a aquel de los antropólogos evolucionistas primeros en el que, sin duda, esta concepción histórica se inspira<sup>51</sup>. Ello le ha valido fuertes descalificaciones, que algunos han tratado de relativizar restando importancia al papel de esta concepción de la evolución histórica dentro del esquema teórico vebleniano<sup>52</sup>, y que otros, los críticos más acérrimos, han exagerado hasta el punto de llegar a comparar sus formulaciones al respecto con la filosofía de la historia comtiana<sup>53</sup>.

<sup>49</sup> De todas formas, es innegable que ello le condujo a advertir los dramáticos acontecimientos bélicos por los que la humanidad había de atravesar apenas una década más tarde de su desaparición, como consecuencia del desarrollo del nazismo alemán y de la agresión japonesa, fenómenos que él también previó en buena medida en sus trabajos sobre ambas sociedades. Desde luego, ello constituye uno de los capítulos de su obra que más elogios ha despertado —como el que le dirigió un buen conocedor de la sociedad alemana, Ralph Dahrendorf—, al tiempo que le ha valido la consideración de sagaz y penetrante analista de la sociedad contemporánea.

<sup>50</sup> Véase N. ELIAS, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Madrid, México, FCE, 1987.

<sup>51</sup> Para una referencia más detallada a las fases que Veblen distingue dentro de esta evolución histórica, véase M. BARAÑANO, *Los fundamentos de la teoría social de Thorstein B. Veblen: la «reuelta» contra el homo oeconomicus de la «economía recibida»*, tesis doctoral sin publicar, Universidad Complutense, 1992. También el profesor CASTILLO se ha referido al impacto del evolucionismo antropológico en la división de la evolución humana establecida por Veblen, en su trabajo «La singular sociología de Thorstein Veblen. El caso de la condición femenina», REVISTA ESPAÑOLA DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS, núm. 43, julio-septiembre 1988, pp. 7-22, p. 8.

<sup>52</sup> Sin embargo, el punto de vista aquí sostenido es que la concepción de la evolución cultural en que Veblen convierte el discurrir histórico ocupa, a pesar de sus innegables debilidades, un lugar central en su teoría social.

<sup>53</sup> Comparación ésta que no hace justicia a los textos veblenianos, ya que las etapas de la evolución histórica que en ellos se distinguen no comparten ni la universalidad ni la necesidad que Comte atribuye a sus estadios teológico, metafísico y positivo. Aquéllos, por el contrario, se refieren específicamente a la evolución de las sociedades occidentales más desarrolladas —esto es, las que, como la inglesa, habrían accedido ya hace tiempo a la «era mecánica»—, e incluso, más específicamente, dentro de éstas siguen la ruta del caso norteamericano, verdadero laboratorio de la investigación vebleniana. A lo que se

Respecto al segundo aspecto por el que nuestro autor rechaza el postulado de la tendencia mejoradora, las razones esgrimidas por Veblen se derivan de su concepción conflictivista de la realidad social. En efecto, su punto de vista es que el orden económico y social, frente al aséptico retrato debido a la doctrina de los derechos naturales, está atravesado por tensiones de intereses y desigualdades de sexo y de clases, que hacen de la coerción un recurso inevitable, y sobre el que, en último extremo, se apoya todo posible equilibrio. A su vez, entiende que éste es siempre necesariamente transitorio, parcial y precario, sometido como está al juego de la evolución incesante y de las fuerzas que pugnan en direcciones dispares. Luego las desviaciones de ese hipotético orden equilibrado, lejos de concebirse como meras perturbaciones, habrían de ser interpretadas a la luz de esa dinámica social marcada por el conflicto entre el despliegue de las artes industriales y las instituciones, así como por las tensiones entre las clases y los grupos a través de los que se canaliza aquel conflicto estructural.

Esta última reflexión nos conduce a examinar la posición vebleniana frente al último de los postulados en los que, a juicio de este autor, se apoya el *homo oeconomicus*, esto es, la improcedente elevación de un determinado marco institucional a la categoría de normal o natural. Probablemente constituye uno de los aspectos más sugerentes de la obra de Veblen, de lo que da buena fe el que haya sido uno de los más recuperados en la literatura secundaria posterior que ha tratado de seguir el camino abierto por el norteamericano. Y, como todos sus restantes planteamientos sobre las instituciones, está íntimamente unido a su concepción sobre la naturaleza humana.

Con esta objeción, Veblen recuerda algo aparentemente obvio pero frecuentemente olvidado, a saber, que el comportamiento humano no se desarrolla en el vacío, sino, por el contrario, en el marco de un esquema institucional cambiante y movedizo. Lo cual equivale a reconocer que dicho comportamiento es asimismo mudable y relativo a un esquema social y cultural concreto. Esto es, abre las puertas a la historicidad tanto de la acción como del orden económico, al tiempo que devuelve uno y otro al campo de la cultura, ámbito al margen del cual ni uno ni otro podrían ser explicados ni comprendidos.

Pero, además, esta descalificación del tratamiento del marco institucional por parte de la «economía recibida» está inspirada también en otro de los *leitmotivs* centrales de la obra de Veblen: su afán por poner de manifiesto la mutación experimentada por la sociedad capitalista desarrollada, ejemplarmente representada por la americana. Porque, a su juicio, los nuevos parámetros que ésta presenta —la hegemonía de las grandes corporaciones de propiedad

añade la negativa de Veblen a convertir dichas etapas en una suerte de peldaños por donde la humanidad tendría que ascender antes de alcanzar el cielo de la sociedad positiva e industrial, al estilo del maestro francés, por su mismo rechazo de una historia pensada desde su hipotético destino final. Y es verdad que, de interpretar la historia a la luz de algún extremo, este nostálgico de la pequeña comunidad noruega rural escoge más el punto de partida que el ansiado desenlace. Como también es al comienzo de los tiempos donde localiza su particular «paraíso perdido», esto es, el idealizado salvajismo original.

ausente, entre otros— no permitirían seguir tratando de encajarla dentro de las categorías de lo que Veblen denomina la «era de la libre competencia», en la que, conforme a su reconstrucción histórica, desemboca la artesanía tardía<sup>54</sup>.

Dejando aparte las inexactitudes implicadas en esta excesivamente rápida equiparación vebleniana de toda la «economía recibida» previa en este aspecto, conviene ahora someter a crítica sus propios planteamientos. Porque, de nuevo, sucede que su pluma se muestra más ducha en el cuestionamiento que en las respuestas. Algo que se evidencia, en primer lugar, en la fragilidad de su propia noción de institución, más sugestiva por las dimensiones que ayuda a iluminar que por la exacta delimitación de sus fronteras o de su territorio propio.

Ya ha habido ocasión de hacer alusión a los confusos límites que la separan de los hábitos de los que, por otra parte, se nutre. Pero es que tampoco son claras sus fronteras con lo que Veblen denomina indistintamente «las condiciones materiales de vida» o «las artes industriales». A las que, por cierto, este autor gusta de contraponerlas repetidamente, dando pie a una de las dicotomías más relevantes y célebres de su esquema teórico. De nuevo parece Veblen más interesado en instrumentalizar inmediatamente la noción de institución que en embarcarse en una fundamentación precisa y clara del concepto. Quizá ésa sea la razón de que éste consiga evocar y sugerir más de lo que explica, como la mejor literatura secundaria ha reiterado. Algo también predicable de las restantes herramientas de su esquema teórico, que, sin duda, poseen un potencial interpretativo superior a su estatus analítico.

Porque lo cierto es que, a pesar de todas las impaciencias y deficiencias conceptuales, sabemos qué es lo que Veblen nos está queriendo explicar con esta precaria distinción entre lo institucional y lo material. Está marcando la diferencia entre un ámbito, el de lo material, en el que tendrían su sede todos aquellos elementos aptos para coadyuvar a la supervivencia y al bienestar de la especie, y aquel otro, el de lo institucional, más retardatario y generalmente obstaculizador del progreso del primero. Este es precisamente el tipo de dicotomía que emplea en su interpretación de la sociedad contemporánea, dividida entre unas artes industriales sometidas a un espectacular proceso de desarrollo acelerado, capaces de alcanzar cotas insospechadas de eficiencia y de productividad, y unas instituciones inspiradas en otras finalidades —la utilidad pecuniaria, que no productiva, de los poseedores y controladores de dichas artes industriales— y, en consecuencia, potencialmente obstructivas de este desarrollo.

---

<sup>54</sup> Argumento que probablemente Veblen exagera, ignorando casi por completo cualquier esfuerzo llevado a cabo desde la «economía recibida» por incorporar los datos de la mutación que él señala o por atender a la mediación institucional. Ya que, en las raras ocasiones en que relata algún trabajo en esta dirección, como el desarrollado por Clark, desestima virulentamente su posible validez. Porque, además, en este aspecto apenas establece distinciones entre la economía clásica y la versión marginalista posterior, ni reconoce progreso alguno de una a otra.

Conviene hacer una última mención a este retraso que, según Veblen, rige las relaciones entre el orden institucional y el material. Porque otra de las razones por las que este autor recurre reiteradamente a esta dicotomía es su interés por alcanzar una explicación del cambio social en términos de un materialismo de raíces marxianas y darwinistas —semejante al que, por cierto, tanto aplaudió en la obra de Ferri<sup>55</sup> y en la de otros socialistas darwinistas del momento—. Explicación materialista en la que, seguramente por obra de estas segundas raíces, se concede una relevancia al desarrollo puramente técnico o demográfico superior al que aconsejarían las primeras. Pero que en ningún caso se disuelve en un simple determinismo tecnológico, como más tarde se ha malinterpretado con excesiva frecuencia<sup>56</sup>. De forma que el posible determinismo presente en la obra de Veblen, como también los escollos con los que dicho determinismo tropieza, son más bien aquellos a los que frecuentemente conducen este tipo de explicaciones materialistas.

Y es que otra debilidad que encara su esquema es la ausencia de una teorización sistemática acerca de las relaciones entre la acción humana, en este caso económica, el marco institucional y el entorno material. ¿Son los actores económicos simples receptáculos de las pautas de conducta marcadas por los hábitos de vida y de pensamiento derivados del marco institucional y del entorno material? ¿O, por el contrario, son precisamente dichos actores los que, a través de sus elecciones y preferencias, expresadas en conducta, aun a pesar de las restricciones imperantes, son responsables de la configuración de dichas pautas? Veblen no aborda teóricamente este dilema. Pero como Seckler<sup>57</sup> supo poner acertadamente de manifiesto, su obra oscila entre uno y otro extremo, o, de acuerdo con las palabras de este comentarista, se debate entre un enraizado determinismo y la voluntad de recuperar en su esquema teórico el papel del libre albedrío. Algo que, por cierto, se refleja en su definición del cometido de la ciencia económica, que a veces identifica con la investigación de la génesis y motivaciones de la acción económica y, otras, las más numerosas, remite al seguimiento de la secuencia acumulativa ciega e impersonal en la que, a su entender, consiste la evolución de la vida económica.

---

<sup>55</sup> Véase T. B. VEBLEN, recensión de E. FERRI, «Socialisme et science positive», en *Journal of Political Economy*, diciembre 1896, pp. 98-103.

<sup>56</sup> Confusión ésta procedente de la reducción del complejo contenido de las «artes industriales» a sus aspectos técnicos, cuando es indudable que Veblen asigna a este concepto un significado mucho más amplio y más cercano, en todo caso, al concepto de «modo de producción» de Marx, como acertadamente puso ya de manifiesto tiempo atrás Abram L. Harris. Cfr. A. L. HARRIS, «Economic Evolution: Dialectical and Darwinian», *Journal of Political Economy*, núm. 42, febrero 1934, pp. 34-79.

<sup>57</sup> Véase D. SECKLER, *op. cit.*

### 3. *Los límites de la sustitución vebleniana del homo oeconomicus*

Las reservas de Veblen frente al diseño del *homo oeconomicus* de la «economía recibida» se apoyan en las mismas razones que inspiran las críticas de sus principales postulados.

En primer lugar, Veblen rechaza su supuesto carácter inalterable y estático, que relaciona con la tendencia de esta versión de la disciplina a interpretar la conducta económica de los hombres de las culturas pasadas a la luz de las categorías del presente. Por contra, su inclusión de lo económico dentro del campo de la cultura le permite abrir su esquema a la consideración de otros tipos de conducta y de organización económica, guiadas por otros fines y estructuradas bajo diferentes normas. Hasta el punto de que, recientemente, Rom Harré<sup>58</sup> se ha referido a él como el teórico por excelencia de los aspectos expresivos de la existencia y, en esa misma medida, el más acertado intérprete de situaciones en las que el orden expresivo domina sobre lo práctico y sobre los restantes asuntos vitales.

Pero que el esquema de Veblen fuera capaz de incorporar la versatilidad del comportamiento económico no quiere decir que renunciara por completo a la tentación —como, supuestamente, tampoco lo hizo la «economía recibida»— de sustituir la reconstrucción fidedigna del pasado por otra menos respetuosa con los hechos que con los supuestos teóricos del propio investigador. Lo que, una vez más, recuerda sus dificultades para dar cumplida cuenta de una tarea que, seguramente, superaba desde el comienzo sus mismas posibilidades, por las mismas limitaciones de la información a la que entonces pudo tener acceso.

La siguiente crítica vebleniana del *homo oeconomicus*, esto es, su naturaleza hedonista y utilitarista, es, seguramente, una de las más sugerentes salidas de la pluma del autor. En primer lugar, por su mismo impacto en una literatura posterior que ha dado buena cuenta de la polémica generada en torno a la cuestión, dentro de la cual el norteamericano se ha visto acompañado de otros muchos científicos sociales. Además, por el hecho de que incluso muchos de aquellos que la estiman completamente obsoleta hoy reconocen, no obstante, su validez respecto del estado de la ciencia económica en su época. Y, en fin, porque, como Parsons acertadamente puso de manifiesto, el afán por superar las insuficiencias del utilitarismo ha constituido uno de los objetivos seculares de la sociología, así como del debate de esta disciplina con la economía.

Veblen rechaza la ignorancia que, a su juicio, dicha concepción de la naturaleza humana implica de cualquier otra propensión, motivo o interés que no sea la maximización de la utilidad. Ahora bien, sucede que el tratamiento vebleniano de esta crucial noción de utilidad de la «economía recibida» no difiere del que concede a las restantes herramientas conceptuales considera-

<sup>58</sup> Véase R. HARRÉ, *El ser social. Una teoría para la psicología social*, Madrid, Alianza, 1982.

das<sup>59</sup>. De forma que presenta unos perfiles de ambigüedad e imprecisión semejantes. Por otra parte, él mismo trabaja con una noción paralela de utilidad<sup>60</sup>, si bien ésta no se contempla desde el punto de vista de la subjetividad individual, sino que se refiere al bienestar de la comunidad. Esto es, hace alusión a todo aquello que es beneficioso para la adaptación del conjunto de la sociedad a su entorno, favoreciendo el despliegue de las artes industriales. Por lo que, finalmente, esta utilidad (*serviceability*) se erige en un valor indiscutible desde el cual Veblen evalúa la actividad económica y social, y por cuyo medio consigue distinguir lo que «objetivamente» es «obstructivo» y «derrochador» o, por el contrario, «eficaz» y «productivo». Es decir, la pone al servicio de una operación paralela a la posibilitada a partir de su noción de inclinaciones instintivas, en tanto que brújulas que confluirían en apuntar en la misma dirección de la supervivencia y la adaptación. Ahora bien, tampoco esta noción merece en sus páginas una aclaración complementaria, más allá de la que el lector puede extraer por sí mismo del contexto en que es empleada.

Finalmente, de la mano de las reservas de Veblen frente a lo que considera el envés de este *homo oeconomicus* utilitarista y hedonista, esto es, la concepción correlativa del orden económico y social, entramos en el terreno del último de los rasgos del retrato de aquél a manos de la «economía recibida». Porque Veblen, que rechaza la concepción atomizada y aislada de la naturaleza humana, discrepa igualmente de la supuesta tendencia al equilibrio que se derivaría de la conducta de esta multitud de átomos racionales galvanizados en torno a la prosecución desnuda del interés propio, en que los «economistas utilitaristas» habrían disuelto su noción de sociedad. Como también se opone a la separación del interés económico respecto de las otras motivaciones de la *conducta humana que inevitablemente intervienen en la configuración de la fisonomía concreta que dicho interés adopta*.

Frente a estos supuestos utilitaristas, Veblen declara su intención de levantar un edificio teórico que, de un lado, fuera capaz de superar toda ilegítima reducción de la acción humana a la pura conducta individual, así como, de otro, consiguiera dar entrada al entramado de hábitos y de instituciones en que aquélla se desarrolla. Lo que, a su vez, requeriría tener en cuenta tanto la mediación de dicho entramado en la configuración de las metas y del rumbo

<sup>59</sup> Es cierto que aclara que se trata de la cogida en préstamo de la herencia benthamiana. Pero no avanza nada más acerca del significado de este concepto, eludiendo incluso la controversia más común en su época relativa a si el mismo apunta a una cualidad intrínseca al objeto o mercancía del que se predica, o hace más bien alusión a la relación subjetiva establecida entre uno u otra y el individuo que la calcula. Como, en fin, tampoco se interna detenidamente por el contenido de ese legado benthamiano al que, sin embargo, tanta relevancia atribuye en la fundamentación de la «economía recibida».

<sup>60</sup> Wright Mills, considerado el sucesor por excelencia de la sociología «radical» de Veblen —a quien calificó como «el mejor crítico de América que América ha producido»—, se hace eco también de la presencia subrepticia de esta noción de utilidad en la obra de su maestro, donde, al igual que en la misma sociedad norteamericana, desempeñaría el papel de «valor central»; véase C. W. MILLS, «Introduction», en T. B. VEBLEN, *The Theory of the Leisure Class*, New York, Mentor Books, 1953, pp. VIII-XIX.



de dicha acción como el papel de ésta en el proceso de habituación y, a través suyo, en el cambio o reproducción del esquema institucional.

Partiendo de este carácter sociocultural e histórico de la naturaleza humana y de su actuar, Veblen aconseja emprender una investigación de la génesis y del contexto del comportamiento económico, a fin de garantizar una adecuada comprensión del mismo. De ahí la importancia que reviste en su obra la reconstrucción de la evolución cultural en que convierte el discurrir histórico, convencido como está de que dicho comportamiento, tanto en sus fines como en los medios, acusa inevitablemente la huella de los hábitos vigentes, así como de las instituciones en presencia.

En esta línea, resulta particularmente interesante su indagación en torno a las raíces y el significado cultural de los hábitos de conducta subyacentes al comportamiento relativo al consumo. Dicha indagación constituye seguramente una de las contribuciones más relevantes y originales de su obra, así como también es una de las que ha disfrutado de una acogida más favorable en diversas disciplinas. Aunque, a su vez, no es sino una aplicación concreta de su esquema teórico a este particular ámbito, que él entiende sometido en la sociedad capitalista a un patrón prescriptivo de conspicuidad y ostentación derivado del predominio en dicha sociedad de una emulación envidiosa cuasi-pacífica de carácter pecuniario. Esto es, proporciona una sofisticada explicación sociológica del comportamiento del consumidor, que vincula con las fuentes históricamente mudables de la autoestima y de la reputación social. Porque si en otras épocas éstas remitían a la capacidad de exhibir ocio, proezas o hazañas, allí donde el sistema de precios resulta hegemónico, acaban adoptando como nuevo patrón de medida la fuerza pecuniaria demostrada. En cualquier caso, razones todas ellas alejadas de esa imputada lógica individual, puramente instrumental, atribuida por la «economía recibida» a los agentes económicos.

Es innegable que todo ello constituye una sugerente propuesta, y avala la interpretación de la obra de Veblen a partir de su aspiración a convertirse en una amplia teoría social, por encima de las fronteras de la especialidad. Pero, al mismo tiempo, hay que recordar las carencias de precisión que dicha obra exhibe, así como las frecuentes ambigüedades e imprecisiones en las que se ve envuelto el esquema teórico en ella propuesto. Muchas de las cuales proceden de las limitaciones del repertorio conceptual disponible en su época, así como de su mayor capacidad para ofrecer penetrantes disecciones de su sociedad y de las preconcepciones científicas imperantes en muy diversas ramas del saber que para concentrarse en el lento y minucioso trabajo de integración sistemática de sus formulaciones en un cuerpo unificado de teoría.

En resumen, todas estas consideraciones confluyen en la dirección de la conclusión explicitada al comienzo de estas páginas, según la cual la ambición vebleniana de edificar una nueva concepción de la naturaleza humana y del orden económico y social, como sucede en muchos otros aspectos de su obra, supera a los esfuerzos teóricos que él mismo acomete en ese sentido. De forma

que, finalmente, éstos sobreviven más como parte de su «revuelta» contra la «economía recibida» que como peldaños definitivos sobre los que una empresa de tales dimensiones pueda fundamentarse. En todo caso, nos hablan de las aspiraciones y de las realizaciones de este precursor del institucionalismo, original artífice de un sistema más penetrante que afianzado, y más valioso por las insuficiencias y problemas que desvela que por las soluciones teóricas que confecciona en contrapartida. Resultando ser precisamente su revuelta contra la preconcepción del *homo oeconomicus* aquí examinada la vía regia de acceso a este sugerente sistema.

### RESUMEN

La «revuelta» de Thorstein B. Veblen contra el *homo oeconomicus* de la «economía recibida» constituye el prisma desde el cual se analiza su obra en el presente trabajo. Se comienza presentando la «vivisección» vebleniana de los postulados y del retrato de dicho *homo oeconomicus*. A continuación se contrasta dicha disección con la nueva concepción de la naturaleza humana y de su esquema institucional que Veblen esboza. Finalmente, se apuntan las aportaciones y las insuficiencias de dicha «revuelta», que acaba ocupando un primer plano en la teoría social de este penetrante analista de la sociedad norteamericana.

### ABSTRACT

Thorstein B. Veblen's «revolt» against the *homo oeconomicus* of the «received economics» constitutes the focus from which his work is analysed in the present article. Firstly, it is introduced the veblenian «vivisection» of the postulates and portrait of this *homo oeconomicus*, which are contrasted with the new conception of the human nature and of the institutional scheme that Veblen outlined. Finally, it is claimed that this «revolt» —of which the contributions and limitations are pointed— becomes the foreground of the social theory of this insightful analyst of the american society.

---

# NOTAS DE INVESTIGACION